

Che, per parlar mi, un poco s'arrestasse.

Rispossemi: Così com'io t'amai
Nel mortal corpo, così t'amo sciolta;
Però m'arresto: ma tu perchè vai?

Casella mio, per tornare altra volta
Là dove io son, fo io questo viaggio;
Ma a te com'era tanta terra tolta?

Ed egli a me: Nessun m'è fatto oltraggio,
Se quei che leva e quando e cui gli piace,
Piu volte m'ha negato esto passaggio;

Chè di giusto voler lo suo si face.
Veramente da tre mesi egli ha tolto
Chi ha voluto entrar con tutta pace;

Ond'io, ch'er'ora alla marina vòlto,
Dove l'acqua di Tevere s'insala,
Benignamente fu da lui raccolto.

A quella foce ha egli or dritta l'ala,
Perocchè sempre quivi si raccoglie
Quale verso Acheronte non si cala.

Ed io: Se nuova lege non ti toglie
Memoria o uso all'amoroso canto,
Che mi soleva quietar tutte mie voglie,

Di ciò ti piaccia consolare al quanto
L'anima mia, che, con la sua persona
Venendo qui, affannata tanto.

Amor, che nella mente mi ragiona,
Cominciò egli allor sì dolcemente,
Che la dolcezza ancor dentro mi suona

Lo mio Maestro, ed io, e quelle gente
Ch'eran con lui, parevan sì contenti,
Com'a nessun toccasse altro la mente.

Noi eravám tutti fissi ed attenti
Alle sue note; ed ecco il veglio onesto
Gridando: Che è ciò, spiriti lenti?

Qual negligenza, quale stare è questo?
Correte al monte a spogliarvi lo scoglio
Ch'esser non lascia a voi Dio manifesto.

Come quando, cogliendo biada o loglio,
Gli colombi adunati alla pastura,
Queti, senzi mostrar l'usato orgoglio,

Se cosa appare ond'elli abbian paura,
Subitamente lasciano star l'esca,
Perchè assaliti son da maggior cura;

Così vid'io quella masnada fresca
Lasciare 'l canto, e gire invèr la costa
Com'uom che va, nè sa dove riesca:

Nè la nostra partita fu men tosta.

CANTO III.

Avvegnachè la subitana fuga
Dispergesse color per la campagna,
Rivolti al monte ove ragion ne fruga,

Io mi ristrinsi alla fida compagna.
E come saré io senza lui corso?
Chi m'avrà tratto su per la montagna?

El mi pareva da sè stesso rimorso.
Oh dignitosa coscienza e netta,
Come t'è picciol fallo amaro morso!

Quando li piedi suoi lasciâr la fretta,
Che l'onestade ad ogni atto dismaga,
La mente mia, che prima era distretta,

Lo 'ntento rallargò, sì come vaga;
E diedi 'l viso mio incontro al poggio
Che 'nverso 'l Ciel più alto si dislaga.

Cálmate, me dijo al fin dulcemente; y como entonces la conociese, le supliqué se detuviera para hablarme. Contéstome ella: «Así como te amé con mi cuerpo mortal, te amo ahora, libre de mi cuerpo; aquí me quedo. Pero tú, ¿a qué has venido aquí?»

«Casella mio (1), hago este viaje para regresar al mundo de los vivos, á que aun pertenezco. Pero, ¿cómo es que á tí te ha sido por tanto tiempo negado este sitio tan dulce y terrible?»

Y él á mí: «No es por culpa de aquel que nos pasa cuando y como le place, por mas que varias veces se haya negado á hacerlo; porque hay una voluntad justa á la que debe sujetar la suya. En verdad ha recogido de tres meses á esta parte á todos los que han querido entrar con la paz divina. (2)

Como yo me encontraba á orillas del mar en que el agua del Tiber se vuelve salada, me recibió con benevolencia cerca de aquella embocadura en que él levanta sus alas, por reunirse allí siempre los que no descienden hácia el Aqueronte.» (3)

A mi vez le dije: «Si una nueva ley no te priva de la memoria ó del uso de los cantos de amor que tanto calmaban mis penas, consueta un poco mi alma que, al venir aquí con su cuerpo, se ha llenado de terror y espanto.

Empezó entonces á cantar con tanta dulzura: Amor que habla á mi mente (4), que su grata voz vibra aun en el fondo de mi alma.

Mi maestro y yo y las sombras que rodeaban al cantor, parecíamos estar tan contentos, como si no hubiese debido ocuparnos ninguna otra idea; así es, que, andábamos suspensos y atentos á su canto, cuando hé aquí que exclamó el noble anciano: «¿Qué es esto, sombras perezosas? ¿Qué descuido es ese? ¿Por qué así os retardais? ¡Corred al monte para despojaros de la corteza que impide á Dios penetrar hasta vosotros!»

Cual palomas reunidas que pican el trigo ó la zizaña sin hacer oír su acostumbrado arrullo, y que de repente levantan el vuelo por dominarlas algun temor, tales desaparecieron las almas nuevamente llegadas para dirigirse hácia la costa, como el hombre que sigue un camino sin saber á donde le ha de conducir.

Tampoco fué menos rápida nuestra fuga.

CANTO III.

Mientras que aquella repentina fuga dispersaba por la campiña á aquellas almas que se volvían hácia el monte á que la razon nos atrae (5), yo me acerqué á mi fiel compañero; ¿cómo habria podido sin él hacer mi viaje? ¿quién me hubiera sostenido hasta la cumbre del monte?

Me parecia sentir por él vivos remordimientos. ¡Oh conciencia digna y pura! ¡Como es para tí cruel mordedura la mas leve falta!

Cuando dejaron al fin sus piés aquella veloz carrera que

(1) «Era un gran músico de Florencia, muy amigo de Dante, con el que iba á distraerse al estar cansado del estudio.» (GRANDIER.)

(2) Esto es, todos los que aprovecharon de las Indulgencias del jubileo empezado en el mes de diciembre de 1300, por Bonifacio VIII.

(3) El puerto de Ostia, cerca de Roma.

(4) Cancion de Dante.

(5) La montaña del Purgatorio.